

LOS ESTUDIOS CULTURALES EN DEBATE: UNA MIRADA DESDE AMÉRICA LATINA

Carlos García-Bedoya M.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Esta algo extensa nota comenzó como un intento de reseñar un volumen sobre estudios culturales editado por Mabel Moraña¹, pero la diversidad y complejidad de las problemáticas abordadas, la amplitud de los materiales incluidos (35 artículos, más una introducción y un postscriptum, con un total de más de 500 páginas) tornaron imposible ceñirse al modelo tradicional de la reseña, dando como resultado una especie de texto híbrido. Si bien trataré de dar cuenta en lo posible del rico contenido del volumen, la opción de la fragmentariedad y del comentario un tanto parcial y disperso caracterizará irremediabilmente a estos apuntes, que se centrarán básicamente en algunas conceptualizaciones polémicas y en diversos debates trascendentes que hoy atraviesan el campo de los estudios culturales latinoamericanos.

El libro tiene su origen en un Simposio internacional realizado en la Universidad de Pittsburgh en marzo de 1998. La mayoría de artículos incluidos se presentaron allí en versión preliminar, pero se incorporan también algunas colaboraciones solicitadas con posterioridad. En su introducción, la editora Mabel Moraña resume así el espectro temático del volumen: “relaciones entre globalidad y regionalización, redefinición de la esfera pública y del lugar del intelectual en los procesos de institucionalización y recentralización cultural, multiculturalismo y ubicación de los “saberes locales” con respecto a los modelos de conocimiento gestados en espacios “centrales”, regionales o internacionales (...) la lectura e incorporación de tradiciones y genealogías en debates actuales (...) cuestiones de clase, raza y género (...) los tránsitos de la migración y la consecuente reterritorialización de sujetos y prácticas culturales (...) el lugar de las ideologías en la definición

de agendas culturales que se enfrentan al vaciamiento político en la posmodernidad (...) tópicos como nación, identidad y memoria histórica (...) surgimiento de movimientos sociales en el contexto de la globalidad (...) las estrategias representacionales en la cultura popular, en los medios masivos y en el arte público (...) el lugar de la literatura y la cuestión del valor estético ante los embates de un culturalismo que desplaza y cuestiona la función letrada” (9). Este amplio y tal vez no exhaustivo repertorio de temas da cuenta de la complejidad de los debates en curso y de la variedad de instrumentos teóricos y metodológicos en juego en estas aproximaciones transdisciplinarias a la cultura latinoamericana.

El volumen se organiza en ocho secciones. La primera, Globalización y multiculturalismo, incluye estudios de Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini y Renato Ortiz. La segunda, Estudios culturales latinoamericanos: aperturas y límites, reúne artículos de Carlos Rincón, Neil Larsen, Román de la Campa, Hermann Herlinghaus y José Rabasa. La tercera sección, Crítica, ideología y estudios culturales, agrupa trabajos de Hernán Vidal, Ricardo Kaliman, Alberto Moreiras y Jon Beasley-Murray. En la cuarta, Memoria y territorialidad, se presentan los aportes de Jean Franco, Julio Ramos, Nelly Richard y Mabel Moraña. La quinta, Márgenes sociales, género, ciudadanía, incorpora artículos de Debra A. Castillo, Brad Epps, Abril Trigo y Marc Zimmerman. La sexta, Intelectuales, esfera pública y políticas culturales, agrupa trabajos de Beatriz Sarlo, Hugo Achugar, Horacio Machín, Ellen Spielmann y José Teixeira Coelho Netto. En la séptima, Culturalismo y crítica del canon, figuran las contribuciones de Raúl Antelo, Sara Castro-Klarén, Andrés Zamora y John Kraniauskas. La octava, Saberes locales, movimientos sociales y construcción de sujetos, incluye trabajos de Arturo Arias, Mario Roberto Morales, William Rowe, Javier Sanjinés, Ileana Rodríguez y Regina Harrison. El volumen se cierra con un Postscriptum a cargo de John Beverley.

En el propio título del libro se alude a uno de los principales debates que atraviesa muchos de los ejes temáticos mencionados: los desencuentros entre las reflexiones surgidas *desde* la propia América Latina y aquéllas planteadas *sobre* América Latina desde los medios académicos del norte (principalmente desde Estados Unidos). Mis comentarios se enuncian *desde* América Latina, no tanto atendiendo a criterios geográficos, sino, en términos de Mignolo², a criterios geoculturales. Por ello, no puedo dejar de señalar que, a pesar de una evidente voluntad de propiciar un

diálogo intelectual más fluido entre el norte y el sur, el volumen se resiente de un cierto desequilibrio: de un total de 37 contribuciones, 28 proceden del norte (de ellas 22 de Estados Unidos) y sólo 9 surgen desde América Latina. Al constatar este dato empírico, no pretendo impugnar un volumen al que considero valioso: intuyo que el desnivel cuantitativo tiene que ver con diversas limitaciones, entre ellas el relativamente escaso número de practicantes de los estudios culturales en Latinoamérica, en contraste con su proliferación en la academia norteamericana. Me parece justo también señalar el esfuerzo por colocar en posición protagónica los aportes surgidos desde América Latina, intentando compensar con su importancia cualitativa su menor presencia cuantitativa. Por ello, no es casual que la primera sección del libro presente la contribución de tres figuras centrales, verdaderos “clásicos” de los estudios culturales latinoamericanos: Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini y Renato Ortiz.

El trabajo de Martín Barbero “Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación” aborda varios aspectos sugerentes. Me interesa en primer lugar comentar su planteamiento sobre los problemas de la identidad y la nación: “de un lado la globalización disminuye el peso de los territorios y los acontecimientos fundadores que telurizaban y esencializaban lo nacional, y de otro la revaloración de lo local redefine la idea misma de nación” (20). Nótese cómo Martín Barbero sopesa cuidadosamente los términos: la globalización *disminuye*, lo local *redefine*; para él lo global y lo local remodulan concepciones esencialistas de la nación, pero a diferencia de los fundamentalistas entusiastas “posmodernos” no cree que ello implique eliminar de la agenda intelectual temas como los de la identidad o la nación. Cabe traer aquí a colación la reflexión de Herlinghaus sobre la importancia del giro hermenéutico en las reflexiones de Martín Barbero y otros estudiosos latinoamericanos procedentes de las ciencias sociales; señala que ellos “Afincaron sus análisis en la “comprensión” de una modernidad cuyo sentido anacrónico parecía resistirse a las capacidades “explicativas” que estas disciplinas, en sus versiones canónicas, habían generado” (100) y luego de recordar que Martín Barbero se doctoró con Ricoeur y Ladrière, añade que se trata de “una reformulación no ontológica del proyecto hermenéutico desde los bordes de la cultura letrada, con vista a los cruces políticos que se divisaban entre las prácticas sociales, los imaginarios colectivos y la audiovisión avanzada” (102). Esto ayuda a vislumbrar cómo la agenda teórica de Martín Barbero diverge de las opciones

deconstructivistas fuertemente influyentes en la academia norteamericana.

Otra propuesta de Jesús Martín Barbero, particularmente provocadora, consiste en subrayar la creciente importancia de lo que denomina *pensamiento visual*, al que entiende como “un nuevo paradigma del pensamiento que rehace las relaciones entre el orden de lo discursivo (la lógica) y de lo visible (la forma), de la inteligibilidad y la sensibilidad” (25). Las consecuencias de este fenómeno son particularmente gravitantes en el campo de la educación: “De ahí que los medios de comunicación y las tecnologías de información desafien hoy especialmente a la educación, planteándole un verdadero *reto cultural* al hacer visible la brecha cada día más ancha entre la cultura desde la que enseñan los maestros y aquella desde la que aprenden los alumnos” (26) y se pregunta “cómo puede la escuela insertarse en la actual complejidad de mestizajes –de tiempos y memorias, imaginarios y culturas– anclada únicamente en la modernidad letrada e ilustrada, cuando en nuestros países la dinámica de las transformaciones que calan en la cultura cotidiana de las mayorías proviene *básicamente* de la desterritorialización y las hibridaciones que agencian los medios masivos de comunicación” (27, cursivas de Martín Barbero). Sin duda un reto gigantesco para los precarizados sistemas educativos latinoamericanos. Sin embargo, cabe deducir de esos planteamientos que el posible impacto de tal pensamiento visual no significa la cancelación de la tradición letrada, sino su redefinición y rearticulación en el contexto de las nuevas dinámicas culturales e intelectuales.

Quiero ahora abordar algunos aspectos del trabajo de Renato Ortiz, “Diversidad cultural y cosmopolitismo”. Ortiz cuestiona la actitud celebratoria de los posmodernos entusiastas, quienes exaltan la diversidad, la fragmentación, la diseminación, y recusan cualquier perspectiva globalizadora. Como apunta Ortiz, “Por una parte tendríamos el “todo”, asimilado de manera apresurada al totalitarismo, y por otro las “diferencias”, ingenuamente celebradas como expresión genuina del espíritu democrático” (44). Más adelante insiste en la importancia de no restringirse a la mera constatación de las diferencias: “lo que estoy sugiriendo es que es necesario hacer, en el debate sobre diversidad, una distinción cualitativa entre las diferencias. Postularlas como equivalentes (como lo hace el discurso posmoderno) es un error” (49); agrega que “La discusión acerca de la diversidad no se reduce por tanto a un argumento lógico-filosófico, necesita ser contextualizada pues el sentido histórico de las “diferencias”

redefine su propio sentido simbólico” (50) y concluye que “las “diferencias” también esconden relaciones de poder (...) Por ello, es importante comprender cuándo el discurso sobre la diversidad oculta cuestiones sobre la desigualdad” (51). Considera Ortiz que sólo una perspectiva globalizadora permite evitar esa banalización de las inequidades: “aun admitiendo que lo universal sea un constructo histórico (...) no puedo dejar de comprender que ésta es la única vía posible para dar cuerpo a los ideales de libertad y democracia (...) Sólo una perspectiva cosmopolita me permite criticar la pretensión del mercado de constituirse como única universalidad posible. En nada avanzamos considerando la categoría “totalidad” como un anatema (una señal de totalitarismo)” (53). Al reivindicar la categoría de totalidad, es obvio que Renato Ortiz no tiene en mente una totalidad esencialista, sino más bien una totalidad problemática e internamente heterogénea, concebida como necesario horizonte epistemológico.

Tales planteamientos no pueden dejar de evocar el concepto de totalidad contradictoria propuesto por Antonio Cornejo Polar³. Carlos Rincón capta con acierto la significación de tal categoría en el pensamiento del crítico peruano: “En tiempos en que frente al uso unilateral e ideológico de la categoría omnicomprensiva de totalidad sólo parecía posible renunciar a ella, en favor de una especie de interpretación empirista del marxismo, Cornejo Polar buscó unir el problema de la objetividad epistemológica con el de la especificidad histórica. Con ayuda de la idea de totalidad contradictoria, inspirada por *Lire le Capital*, pudo seguir afirmando lo nacional como sistema cerrado de relaciones, al mismo tiempo que reivindicó la no reconciliación de lo diverso en la coexistencia de diferentes subsistemas literarios dentro de la literatura nacional peruana” (66). Es evidente que la validez epistemológica de una categoría como totalidad contradictoria desborda ampliamente los límites de la literatura peruana en la que fue inicialmente diseñada. Discrepo sin embargo de la referencia a la obra de Althusser, creo que en el pensamiento de Cornejo Polar se nota la influencia de un marxismo más goldmanniano o gramsciano que althusseriano; si bien es cierto que Althusser usa la expresión totalidad concreta, yo encontraría más bien afinidades entre el concepto de totalidad contradictoria y el de totalidad concreta tal como es formulado por el checo Karel Kosík en su notable *Dialéctica de lo concreto*⁴.

En una línea de reflexión homóloga a la de Renato Ortiz, Román de la Campa enfila sus críticas hacia los enfoques

deconstructivistas, la vertiente más influyente del pensamiento posmoderno en la academia norteamericana. Comentando un texto de Nancy Frazer, señala “las afinidades entre el antiesencialismo deconstruccionista (desmonte de identidades) y el pluralismo multiculturalista (celebración de las diferencias) (...) Dos caras de la misma moneda, insiste Frazer, que resisten llevar el valor estratégico de las identidades y las diferencias al terreno de la política social. Las diferencias culturales, reitera, sólo se pueden elaborar libre y democráticamente sobre la base de la igualdad social. Obviamente Frazer entiende que ésta no es una tarea tan simple como antes se pensaba, y que será imposible abordarla sin vigilancia epistémica, pero también intuye que pocos intelectuales se desviven por asumir el lado social de los desmontes en un momento marcado por el ocaso del legado izquierdista de la modernidad y el sesgo apolítico de la deconstrucción posmoderna” (86). Observa que la deconstrucción “En tanto praxis designificadora del legado moderno, se acerca, quizá sin darse cuenta, a la lógica del mercado capitalista tardío, el cual exige obsolescencia como condición de apertura hacia lo nuevo” (77-78)⁵.

De la Campa retoma las reflexiones de Stuart Hall sobre lo que éste denomina el “aluvión” destructor, que “corresponde al impacto de la economía global en la influyente academia norteamericana. Los estudios culturales cobran entonces un relieve de mercado menos inclinado a la reflexión social” (89), y contrasta esta peculiaridad con la fuerte vocación crítica de sus antecesores británicos: “No ha de sorprender a nadie por ello que el debate sobre los estudios culturales en Estados Unidos responda a inquietudes muy distintas de las del británico. No es un simple traslado que se extravía de su vocación gramsciana al cruzar el Atlántico” (90). Constata que en los estudios culturales norteamericanos suele prevalecer el intelectual acrítico, al que Jameson rotulaba como el “otro burocrático”: “productores de capital simbólico entrenados a servir la nueva industria cultural sin vocación de letrado opositor” (92). O, en el tono más amargo de Ricardo Kaliman: “lo emancipatorio se critica en nombre de la emancipación (probablemente la emancipación de los intelectuales posmodernos con respecto a su sujeción a cualquier compromiso social, en busca de una libertad de moverse rápidamente de un marco a otro, y de un tema a otro, sin decir demasiado de ninguno, para mejor situarse en la búsqueda del capital, simbólico y del otro)” (131).

Obviamente, sería errónea una visión unilateral de la academia norteamericana, incluso sería injusto extender tales reparos a

todos los adeptos del pensamiento posmoderno, existe una diversidad de enfoques, si bien es cierto que los anteriormente comentados resultan particularmente difundidos. No hay que olvidar que algunas de las críticas más duras han partido de figuras muy prestigiosas del propio mundo académico norteamericano, como Edward Said: “La universidad norteamericana, con su munificencia, su utópica calidad de refugio y su destacada diversidad, ha defendido a los intelectuales (literatos, filósofos o especialistas en Historia) cuyas responsabilidades suponen valores y principios. Sus estilos se han visto dominados por unas jergas que producen una repugnancia casi inimaginable. Los cultos del posmodernismo, del análisis del discurso, del Nuevo Historicismo, de la ideología de la deconstrucción o del neopragmatismo los llevan a posiciones conservadoras, mientras una asombrosa sensación de ingravidez respecto al peso de la Historia y de la responsabilidad individual aleja su atención de los asuntos públicos y también del debate público”⁶.

Esto me conduce ahora a comentar el texto de Néstor García Canclini, “La épica de la globalización y el melodrama de la interculturalidad”, el cual me llevará a otro de los debates cruciales que atraviesan el volumen, el vinculado a lo que Mignolo designa como los *loci* de enunciación, los lugares geoculturales desde los que se produce el saber, el conocimiento, y en particular a la división internacional del trabajo intelectual vigente, que opone el sur productor de materia prima cultural al norte responsable de su procesamiento teórico y científico. Todo el artículo de García Canclini se estructura como un irónico muestrario de los desencuentros producidos por la crisis posmoderna de las fronteras geoculturales y disciplinarias. García Canclini encarna estos desencuentros en dos figuras opuestas y paradigmáticas de estudiosos de la cultura de América Latina: un especialista estadounidense en *Cultural Studies* y un antropólogo latinoamericano. Valga una única cita para dar idea de este divertido contrapunto de perspectivas: “El diálogo fue arduo, ante todo, porque el antropólogo latinoamericano veía al especialista en *Cultural Studies* como representante global de la cultura académica estadounidense, y éste tuvo que explicarle las diferencias de trabajar en California o en el este, y que ni siquiera es lo mismo ser “hispano” en Los Angeles, Miami, Nueva York o Chicago. Para el experto en *Cultural Studies* también fue laborioso aceptar que los estudios culturales existían en América Latina desde hacía varias décadas, aunque no llevaran ese nombre, y que

las búsquedas transdisciplinarias, el estudio de la multiculturalidad y sus vínculos con el poder tenían formatos distintos que en Estados Unidos, y a la vez diferentes en México y Perú, donde lo intercultural pasa en gran parte por la presencia indígena, o en el Caribe, donde es central lo afroamericano, o en el Río de la Plata, en que el predominio de la cultura europea simuló una homogeneidad blanca. Cuando se pregunta quienes son nuestros otros, la respuesta no es la misma en toda América Latina, ni en todo Estados Unidos” (38).

Los factores que dificultan un diálogo de esa naturaleza son de diversa índole. Román de la Campa enfatiza la gravitación de contrapuestos marcos disciplinarios: “los estudios culturales en Estados Unidos giran más hacia las humanidades, mientras que en América Latina han sido atendidos más por los científicos sociales (...) las temáticas de los estudios culturales latinoamericanos suelen ser muy distintas en Estados Unidos, donde hoy se privilegia un poscolonialismo o la subalternidad de corte más bien literario e histórico, y América Latina, donde prevalecen acercamientos que giran hacia la transculturación o una reconversión cultural de corte más bien antropológico” (79). Es evidente que inciden también aspectos como distintas agendas teóricas (el antes aludido aluvión deconstructivista no ha alcanzado tan vastas proporciones en América Latina), y diferentes realidades institucionales (inútil abundar en la penuria que caracteriza a todo nivel la vida universitaria latinoamericana).

Resulta imprescindible aludir a algunas características del mundo académico norteamericano, que inevitablemente ejerce hoy una influencia decisiva en la reflexión sobre América Latina; como anota García Canclini, “en Estados Unidos había más investigadores y estudiantes de doctorado haciendo tesis sobre países latinoamericanos que en toda América Latina” (39). Sara Castro-Klarén repara agudamente en un aspecto importante de los desencuentros entre estos mundos académicos: “Nuestra comprensión de la producción de cultura y literatura latinoamericana estará siempre distorsionada si no consideramos seriamente la historia y el lugar anómalo de los departamentos de español en la academia norteamericana. La marginalidad del “español” es obvia en comparación con la centralidad indisputable de los textos y la crítica de habla inglesa. Dicha marginalidad complica adicionalmente las relaciones con intelectuales latinoamericanos cuya posición de sujeto (...) es sólo comparable a la de un catedrático de literatura norteamericana en los Estados Unidos. Hay una asimetría compleja e innegable, casi una

inversión, entre el sujeto cognoscente en la academia latinoamericana (central en localidades globalmente marginadas) y su contraparte aquí (marginal en localidades globalmente centrales)” (400-401). Acertadamente destaca Castro-Klarén el libro de Neil Larsen *Reading North by South*⁷ como uno de los pocos esfuerzos por precisar los marcos conceptuales desde los que la academia norteamericana procesa la materia prima cultural que le llega desde Latinoamérica.

Por su parte, Hernán Vidal, un poco en la línea de las reflexiones de Said, incide en algunos de los rasgos más nocivos de la vida académica norteamericana: “una necesidad esencial del profesorado humanístico en Estados Unidos –el imperativo de declarar cíclicamente la obsolescencia de la producción académica. Este imperativo surge de la estrictez de las evaluaciones para el ascenso, el aumento de salario y para obtener la propiedad del cargo (*tenure*) en la carrera de catedrático (...) No debe extrañar, entonces, que las nuevas generaciones se abran camino echando mano de las temáticas ofrecidas por las últimas novedades teóricas (...) estos jóvenes parecen actuar con un discernimiento político asumido con plenitud de conciencia. Sin embargo, al entablarse un diálogo con ellos se hace evidente que su discurso responde nada más que a una aplicación teórica del todo positivista, inconsciente de las tendencias y necesidades más apremiantes de las culturas latinoamericanas en el presente” (123). Ya se ha aludido extensamente a esa despolitización y acriticidad que caracteriza a un sector fundamental del pensamiento posmoderno en Estados Unidos, pero paradójicamente los desencuentros y los diálogos interferidos caracterizan también las relaciones entre intelectuales del norte y del sur que comparten parecidas convicciones críticas. Por ello, me referiré concisamente a algunas polémicas desarrolladas en este volumen.

Un primer debate planteado en el volumen gira en torno al aporte de Antonio Cornejo Polar. Julio Ramos discute el último artículo de Cornejo Polar⁸. Burlón (en el Perú diríamos cachaciento), señala que dicho artículo “es doblemente sobre cierres y finales, en la medida en que despliega una inesperada dimensión autobiográfica, acaso involuntaria, que tiende a identificar la escena de la escritura del texto último de un autor con el cierre de todo un campo discursivo” (186). Intentando matizar esta alusión jocosera al desenfrenado narcisismo “acaso involuntario” de Cornejo Polar, que confundiría su propia muerte con la de toda una disciplina, indica que la defunción de Cornejo representaría simbólicamente la de todo un linaje intelectual, el

legado de los “ensayistas”, verbigracia Henríquez Ureña, Alfonso Reyes o Angel Rama (intuyo que a Cornejo no le desagradaría hallarse en tal compañía, a la que habría que agregar a esa Beatriz Sarlo, de ingenuidad tan “conmovedora”, en opinión de Ramos). Tal estirpe de letrados (¡el aborrecible letrado criollo!) protagónicos en la esfera pública nacional resultan ya inviables en la escena posmoderna: “Probablemente las formaciones sociales en este fin de siglo, marcado por la globalización de la *cultura massmediática*, no requieran ya la intervención legitimadora de las narrativas ejemplarizantes de la integración nacional producidas históricamente por los discursos culturalistas” (186). Se declara la caducidad de la *intelligentsia* criolla, carente ya de toda función ante la fragmentación de los espacios nacionales; surge, para hacerse cargo de las labores reflexivas que tradicionalmente asumía, una nueva estirpe de sabios especialistas, duchos en posestructuralismo, afincados en el primer mundo.

Desde tales presupuestos, procede Ramos a construir una versión caricaturesca del pensamiento de Cornejo Polar, supuesto paladín de identidades homogéneas y monolíticas: “el texto de Cornejo reinscribe las preguntas clásicas del origen, la territorialidad, la lengua y la defensa de un legado, de una herencia; preguntas en torno a las cuales se entreteje la tropología latinoamericanista (la raíz, la familia, la pureza) clásica y sus discursos identitarios” (188). Pasa luego a arremeter contra lo que denomina, con evidente tufillo despectivo, el latinoamericanismo “vernáculo” (el suyo es el “latinoamericanismo metropolitano”, con igualmente obvio tufillo de superioridad), es decir el practicado desde América Latina y también por algunos “rezagados” en la propia academia norteamericana: “Al menos desde el ensayo fundacional de Martí, “Nuestra América”, el latinoamericanismo vernáculo se autoriza mediante la defensa –a veces abstracta y reificada– de lo local y su *resistencia* a fuerzas extranjeras en diversas instancias de globalización” (190, cursivas de Ramos). Como consecuencia de los procesos de globalización “Las fronteras duras y las distinciones topográficas tajantes entre Norte y Sur son también problematizadas por las intervenciones de críticos y alumnos chicanos, puertorriqueños y latinos en el campo, cuya experiencia y trabajo frecuentemente llevan a cuestionar las metáforas territorializantes de la raíz, de la pureza lingüística u orígenes fijos que evidentemente operan aún como los tropos y principios organizadores del latinoamericanismo vernáculo, incluso aquel latinoamericanismo “vernáculo” profesionalizado en

Estados Unidos” (191). El razonamiento de Ramos encierra dos falacias. La primera, creer que el saludable cuestionamiento de identidades monolíticas supone la simple y llana cancelación de la problemática de la identidad, cuando sólo implica su redefinición en términos no esencialistas: heterogeneidades y totalidades contradictorias, desde la perspectiva de Cornejo Polar. La segunda radica en hipostasiar la condición del latino en Estados Unidos como paradigma (identitario) para los latinoamericanos “vernáculos” en estos tiempos de posmodernidad y globalización. Si bien es cierto que en las reflexiones procesadas desde América Latina suele prestarse escasa o nula atención a la condición de los latinos en Estados Unidos, tampoco cabe universalizar o esencializar esa experiencia particular. Lo latinoamericano sólo puede aprehenderse como unidad en la diversidad, como totalidad contradictoria.

Felizmente, el trabajo de Mabel Moraña pone las cosas en su lugar. Moraña recalca lo que para todo lector atento y desprejuiciado resulta obvio: no sólo Cornejo no es ese caricatural fundamentalista de las identidades homogéneas, sino que es más bien el propugnador de una verdadera teoría del conflicto: “la crítica de Cornejo Polar, centrada aunque no reducida a la noción de heterogeneidad, explora principalmente, desde sus comienzos, la naturaleza problemática de la mediación letrada y de las operaciones de apropiación cultural e ideológica que acompañan los procesos representacionales en América Latina. En este sentido, su obra se elabora sobre todo como una *Teoría del conflicto* –social, cultural, ideológico– que hace énfasis en los antagonismos que distinguen la historia y la cultura latinoamericana” (224-225, cursivas de Moraña). En su opinión, el último texto de Cornejo Polar debe ser considerado “como una *intervención* en el sentido lato, casi performativo, de la palabra” (223, cursivas de Moraña). A través de esta interpelación a los colegas, se pone en evidencia una serie de males que afectan a todo un campo de estudio: “El texto de Cornejo advierte en el uso de la lengua la delimitación de espacios de poder –de autoría, autoridad y autorización teórica– que no se configuran independientemente del lugar (metafórico) desde donde se habla, es decir de los constituyentes ideológicos y la cosmovisión que acompañan esa centralidad, de las agendas en las que se inscribe, se escribe, se adscribe, un discurso crítico teórico” (223) y añade que Cornejo “llama la atención sobre el valor de uso de América Latina para la posmodernidad hegemónica, y sobre el uso del inglés como metáfora del capitalismo global” (224).

En otros términos, Cornejo aborda la problemática del *locus* de enunciación, recusando la división internacional del trabajo intelectual vigente y las pretensiones exclusivistas de los lugares geoculturales centrales⁹, al tiempo que reivindica la legitimidad de un discurso crítico-teórico enunciado desde la periferia (ese “latinoamericanismo vernáculo” tan poco grato a Ramos). Moraña sostiene que la globalización no implica la cancelación de la especificidad histórica, cultural y política de América Latina, y que la teoría del conflicto diseñada por Cornejo Polar “se opondrá también a toda forma de globalización que suponga, en el contexto del multiculturalismo neoliberal, el borramiento de problemáticas y de agendas locales, desconociendo los efectos de nuevas formas de hegemonía en las etapas que suceden a la irresuelta modernidad latinoamericana” (226) y concluye recusando “las elucubraciones proyectadas desde los grandes supermercados teóricos de un norte que sigue siendo norte en medio de la globalidad, y que no por desmontar o relegar las agendas locales decidirá su desaparición” (227).

Por otra parte, en el Postscriptum que cierra el volumen, John Beverley dirige sus dardos contra Mario Roberto Morales: “detrás de la apelación a la hibridez y/o la transculturación evidente en la propuesta de Morales y en varias modalidades de los estudios culturales latinoamericanos, perdura una ansiedad paralela al malestar de Sarlo ante las nuevas formas de la sociedad de consumo: una ansiedad de clase (burguesa o pequeño burguesa) y de estamento (ladino-letrado) ante el temor de ser desplazado por un sujeto popular-subalterno multiforme” (506). Anoto de paso que Beverley recurre a la estrategia de contraponer antagónicamente las propuestas de Cornejo Polar sobre la “heterogeneidad no dialéctica” a las categorías de hibridez y transculturación diseñadas por García Canclini y Rama¹⁰. Baste recordar que el propio Cornejo no recusó tales categorías, sino su eventual empleo con resonancias armonizadoras. Morales quedaría descalificado por sus estrategias armonizadoras-mesticistas, fruto de su ansiedad de letrado ladino-criollo que ve amenazada su posición hegemónica. Recurrir a este tipo de procedimientos argumentativos resulta, por decir lo menos, cuestionable: desacreditar a un intelectual latinoamericano por ser un “portavoz letrado del proyecto nacional criollo” resulta tan burdo como descalificar a un académico norteamericano por ser un “gringo representante de intereses imperialistas”. Pero veamos cómo enuncia Morales su propuesta: “comprender la multiplicidad de posibilidades de negociación identitaria *en el seno del pueblo*, y así,

al relativizar las dinámicas interidentitarias, quebrar oposiciones binarias que no dan cuenta de la realidad intercultural que nos ocupa y que sólo sirven a los propósitos de elites intelectuales ligadas a los financiamientos internacionales, a las necesidades políticas locales de los organismos financieros y a sus modas ideológicas. *Todo esto, con la intención de contribuir, desde la reflexión intelectual sobre la cultura, a la construcción de un sujeto popular interétnico que pueda proponer un proyecto político nacional-popular frente a la ofensiva neoliberal*" (451, las cursivas son de Morales). Esta propuesta, que en el contexto de Guatemala parece difícil calificar de armonizadora, concita el rechazo de Beverley al parecer por su insistencia en un proyecto nacional-popular al que conceptúa como un avatar más del nefasto proyecto ladino-criollo.

Este peculiar sesgo es examinado por Román de la Campa a través de una discusión del proyecto de estudios subalternos latinoamericanos y el particular relieve que cobra el testimonio en el pensamiento de Beverley: "se idea el testimonio latinoamericano como modelo de anti-literatura, o de literatura pos-humanista, que en cierto modo conlleva una posible posmodernidad de izquierda. Aquí se persigue una delicada fusión de elementos divergentes: integrar el testimonio a la historia posmoderna en tanto eje de la versión de izquierda, designar el proyecto estatal moderno latinoamericano como utopía criollista fallida, asignar las clases subalternas latinoamericanas como modelo de resistencia a la modernidad, y modelar un nuevo papel para los intelectuales que recogen esta transmisión de fusiones teóricas desde la lejanía" (81). Añade más adelante "es tangible que el proyecto de estudios subalternos latinoamericanista, en su mayor parte, intenta sacar la deconstrucción del academicismo apolítico literario, y llevarla a una nueva izquierda teórica. Pero no siempre lo logra y en la mayor parte de las veces se avecina considerablemente al mismo esquema que quisiera negar (...) El desmonte resultante sólo concibe esta larga historia [de la modernidad latinoamericana] en términos de partes execrables de una gran totalidad fallida, definible como sociedad criolla, sin mayores deslindes en cuanto a momentos históricos, políticos o literarios. Todos caen en una misma bolsa. Pero este acercamiento a fin de cuentas constituye otro tipo de totalización que denota más bien un desasosiego político que una deconstrucción radicalizada, y corre el riesgo de canjear la lectura del devenir histórico latinoamericano por levitaciones epistemológicas que nos permitan imaginarnos sociedades inmediatamente distintas desde la lejanía" (83). Larsen

ve en tal actitud “un síntoma de la crisis de la Nueva Izquierda [norteamericana], que ahora tiende a colocar toda la agencia en un “Tercer Mundo” romantizado” (citado por Castro-Klarén,400).

Así, curiosamente, para algunos estudiosos ubicados en la academia norteamericana que buscan repolitizar y dar una orientación crítica a los estudios culturales, el letrado criollo (repudiable por letrado y también por criollo) es un mediador indeseable (y pernicioso) en los debates intelectuales globalizados, que en todo caso pueden involucrar a los académicos instalados en el norte (provistos de un arsenal teórico adecuado, o sea alguna modalidad deconstructivo-posmoderna), y algún “otro” subalterno (en lo posible decorosamente exótico), que probablemente no puede hablar y requiere por tanto de los servicios de “latinoamericanistas metropolitanos” de buena voluntad. Lo que parece detectarse es cierta dificultad para aceptar un diálogo entre pares y una preferencia por una suerte de monodiálogo o quizá de ventriloquismo: puesto que el subalterno no puede hablar, el “latinoamericanista metropolitano” asume su re-presentación (sin irrelevantes intermediarios criollos) a través de un discurso convenientemente posmoderno y celebratorio de la diferencia.

Por otro lado, Beverley enfila implacablemente sus baterías contra Beatriz Sarlo, a la que percibe como una apocalíptica frankfurtiana: “El malestar del intelectual tradicional ante la cultura de masas que revela Sarlo es en parte un malestar ante la democracia y sus efectos” (503). El proyecto crítico de Sarlo es concebido como un retrógrado proyecto letrado (humanista), de evidente cariz antidemocrático. La ecuación implícita es la simplista cultura letrada = cultura de elites = cultura burguesa = cultura de los explotadores; cultura de masas = cultura popular = cultura de los explotados = cultura contrahegemónica. Todo el complejo andamiaje teórico del posmarxismo subalternista termina reeditando (verdad que con matices) las conclusiones más conocidas del marxismo vulgar, a partir de una esencialización de las culturas *high* y *low*, cuando todas las estrategias deconstructivas debieran alertar contra tal esencialización y permitir comprender que los diversos estratos culturales son espacios en disputa en los que es posible negociar posicionamientos hegemónicos o contrahegemónicos. A diferencia de Beverley, Sara Castro-Klarén propone una lectura más simpatizante de las propuestas de Sarlo; señala que “en vez de caer en una celebración sin garantías de lo popular, Sarlo hace el llamado a una reparación, una reconstrucción, una renovación de la cultura letrada. En dicho escenario los intelectuales jugarían un

papel crítico y de discernimiento” y añade, citando a la propia Sarlo, que “una crítica humanística [rechazada por los estudios culturales] puede ser defendida como necesidad y no como lujo de la civilización científico-técnica” (395, los corchetes son de Castro-Klarén).

Por su importancia, quiero concluir estas ya largas líneas con un comentario al artículo de Beatriz Sarlo. Bajo la modesta apariencia de una simple propuesta de relectura de la obra de Raymond Williams, el trabajo encierra una insospechada riqueza. Lo primero que llama la atención es el estilo de la autora argentina, la claridad en la exposición de ideas, en agradable contraste con esas “jergas que producen una repugnancia casi inimaginable” a las que aludía Said, y que caracterizan a los que Cornejo Polar, que también sabía manejar la ironía, denominó los devotos del “estrecho canon teórico posmoderno”¹¹. Encuentro también otro punto de convergencia entre Sarlo y Cornejo en esa negativa a restringirse a las modas teóricas del momento¹². Así como Cornejo buscó reflexionar sobre el sujeto y la representación apoyándose en autores bastante olvidados como Erich Auerbach o M. H. Abrams, así Sarlo se propone recuperar a un autor hoy “pasado de moda” (aunque fundacional para los estudios culturales anglosajones), como es Raymond Williams, y explicarnos en el trayecto cómo este autor anticuado termina resultando (así ocurre con frecuencia) actualísimo. Hace un recuento de la recepción de Williams en el Río de la Plata y resalta cómo los aportes de este autor (junto a los de otros como Rama o Candido) resultaban un antídoto contra el sociologismo vulgar y también contra sus reencarnaciones más sofisticadas en un marxismo estructuralista (cuya lógica, anoto yo, no se aparta demasiado de la de ciertos posmarxismos posestructuralistas): “el historicismo radical de Williams permitía una crítica a las tendencias estructuralistas más extremas de la década del sesenta. Con Williams se reintroducía el principio de una lectura histórica de las configuraciones sociales que había sido expulsado, de nuestro propio marxismo, por Althusser” (310).

Williams brinda una salida teórica para reestablecer la autonomía de la esfera cultural sin quebrar sus lazos con lo político “Frente al determinismo de los “aparatos ideológicos” y el inmanentismo de los estructuralistas *prima manera*, Williams reintroducía “lo cultural” como esfera relativamente autónoma, aunque se empeñara en construir permanentemente una trama socio-ideológico-política donde la cultura hunde sus raíces y, al mismo tiempo, modifica” (313) y añade que “La centralidad de la

cultura en la constitución de lo social, como dimensión a partir de la cual pueden producirse cambios que desbordan la especificidad de la esfera cultural, le permitió a Williams pensar a la cultura de las elites no sólo como pura imposición sobre otros sectores, sino también encontrar en la cultura popular valores e impulsos que pueden configurar las bases de una nueva alternativa, a la vez que se combinan con las tradiciones letradas. Williams colocó así a la cultura como fuerza central de una reforma progresiva de la sociedad” (315-316), concluyendo que “en esa relación inextricable de cultura y política, se abría una posibilidad de acción intelectual que adquiriera, al desplegarse, significación pública” (312). Desde este tipo de enfoques, puede percibirse a la cultura letrada como algo más que la simple expresión discursiva de la clase dominante: como un lugar (no el único) también propicio para la crítica y la intervención en la esfera pública. Creo que en gran parte los reduccionismos mecanicistas que es fácil detectar bajo los sofisticados ropajes de muchos marxismos posmodernos o posmarxismos posestructuralistas proliferantes en la academia norteamericana hunden sus raíces en la pervivencia de concepciones de raíz althusseriana. Lo curioso es que el antídoto lo tenían muy a mano, más cerca aún que Gramsci: lo podían encontrar en inglés en el propio Williams; constatamos una vez más el efecto nocivo de esos borramientos de la memoria intelectual que producen los constantes aluviones teóricos posmodernos.

Para terminar, una reflexión final. Los estudios culturales proponen una aproximación globalizadora a los fenómenos culturales, diseñan lo que García Canclini¹³ denominaría un campo transdisciplinario, en tanto respuesta no sólo a las debilidades y las crisis de las diversas disciplinas, sino también como un intento de explorar los intersticios interdisciplinarios, aprehendiendo aquellos fenómenos que desbordan los marcos tradicionales de las disciplinas. ¿Deben significar los estudios culturales la cancelación de las disciplinas tradicionales, como por ejemplo la mía, los estudios literarios o ciencia de la literatura? Creo que no. Entiendo que la mirada transdisciplinaria que propicia García Canclini es un saludable correctivo al aislamiento disciplinario, que suele transformar a las distintas especialidades en verdaderas “cárceles del lenguaje”. Pero me parece necesario también alertar contra los facilismos: muchas veces los estudios culturales pueden terminar convirtiéndose en patente de corso para el aventurerismo intelectual de quienes, adiestrados (y no siempre a cabalidad) en el instrumental de una sola disciplina

(muchas veces los estudios literarios), discurren con frecuente ligereza sobre los más variopintos fenómenos culturales, a los que suelen aplicar sin más mediaciones las clásicas herramientas del análisis textualista, con resultados que suelen ser lamentablemente empobrecedores, poco atentos a las especificidades de los fenómenos estudiados. Creo que para navegar con solvencia en los procelosos mares de la totalidad cultural se requiere dominar el instrumental de *varias* disciplinas, no de una sola; es obvio que son pocos los investigadores que tienen la capacidad y la posibilidad de dominar tan vastos arsenales cognoscitivos. Sus aportes serán sin duda fundamentales y orientadores. Pero me temo que el común de los estudiosos no podemos aspirar a tan vastas empresas y deberemos resignarnos a campos disciplinarios más acotados, aunque sí alertados por esa mirada transdisciplinaria, que nos permitirá situar nuestros objetos de estudio (por ejemplo la literatura, el canon letrado) en una perspectiva culturalista totalizadora, permeabilizar nuestra disciplina a los aportes de otras, comprender los límites y las constricciones de nuestras prácticas disciplinarias e incorporarnos a proyectos de investigación interdisciplinarios, al tiempo que intervenimos en complejos diálogos multidisciplinarios. Lo transdisciplinario no anula lo disciplinario o lo interdisciplinario, los rearticula y los redefine.

He rozado, en esta larga nota, con inevitable apresuramiento y fragmentariedad, sólo pequeña parte del rico material congregado en el volumen editado por Mabel Moraña, que resulta un muestrario imprescindible de los encuentros y desencuentros que atraviesan a los estudios culturales desde/sobre América Latina. Los comentarios aquí enunciados se formulan como una intervención, sin duda polémica, en los debates actualmente en curso, y también como un llamado ineludible a replantear en mejores términos los canales del diálogo intelectual.

NOTAS

1. Moraña, Mabel (Editora). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio / Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000. En las citas de este volumen, simplemente indicaré el número de página entre paréntesis.
2. Véase sus trabajos “Herencias coloniales y teorías poscoloniales”, en González Stephan, Beatriz (Comp.). *Cultura y tercer mundo. 1. Cambios en el saber académico*. Caracas: Nueva Sociedad, 1996, 99-136, y “Posoccidentalismo: las epistemologías fronterizas y el dilema de los estudios (latinoamericanos) de área”, *Revista Iberoamericana* 176-177 (1996): 679-696.
3. Véase en particular su trabajo “La literatura peruana: totalidad contradictoria”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 18 (1983): 37-50.
4. México: Grijalbo, 1967. La edición original en checo se publicó en 1963.
5. Una aguda reflexión crítica sobre las repercusiones teóricas del deconstructivismo en la academia norteamericana puede hallarse en el libro de John M. Ellis, *Against Deconstruction* (Princeton: Princeton University Press, 1989). Ellis concluye sus planteamientos señalando que "The most enduring fault of literary criticism as a field has been its readiness to abandon the communal sense of a shared inquiry, in which individual perceptions are expected to be tested and sifted by others. A shared inquiry means a commitment to argument and dialogue, while a criticism that insists on the value of each individual critic's perspective, in effect, refuses to make that commitment. Before deconstruction, theory of criticism worked against the laissez-faire tendencies of criticism; but now deconstruction, an intensified form of those tendencies, has attempted to seize the mantle of theory in order to pursue this antitheoretical program. The result is an apparent novelty, that, looked at more closely, consists in resistance to change and, particularly, to that change that is most urgently needed: the development of some check on and control of, the indigestible, chaotic flow of critical writing through reflection on what is and what is not in principle worthwhile, that is, through genuine, rather than illusory, theoretical reflection" (p. 159).
6. *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama, 1996, 466-467. Más adelante agrega: “el intelectual es responsable no tanto ante un público de su comunidad o sociedad, como ante su gremio colectivo de colegas y expertos, su departamento de especialistas y su disciplina. Con el mismo espíritu y según el mismo código de la división del trabajo, los que se encargan de los «asuntos exteriores» o los «estudios eslavos o de Oriente Medio» se centran en esas materias y no se inmiscuyen en las de otros. De este modo, la habilidad que se tenga para envasar, comercializar, promover y vender su pericia –de universidad en universidad, de editor en editor, de mercado en mercado– queda protegida, su valor se mantiene y se enfatiza la competencia individual” (494).

7. *Reading North by South: On Latin American Literature, Culture and Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995.
8. “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”, en Escajadillo, Tomás G. (Ed.). *Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar. Homenaje*. Lima: Amaru Editores, 1998, 187-192. Hay varias otras ediciones de ese breve artículo.
9. “la producción crítica en inglés que parece –bajo viejos modelos industriales– tomar como materia prima la literatura hispanoamericana y devolverla en artefactos críticos sofisticados”. “Mestizaje e hibridez”, 190.
10. Para una visión que explora las afinidades entre los conceptos de heterogeneidad y transculturación, consúltese el trabajo de Raúl Bueno “Sobre la heterogeneidad literaria y cultural de América Latina” (incluido en Mazzotti, José Antonio y Juan Zevallos, (Coordinadores). *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Filadelfia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996, 21-36), o igualmente el de Abril Trigo “Shifting Paradigms: from Transculturation to Hybridity: A Theoretical Critique” (incluido en De Grandis, Rita y Zilà Bernd [Eds.]. *Unforeseeable Americas: Questioning Cultural Hybridity in the Americas*. Amsterdam – Atlanta: Rodopi, 2000, 85-111). Véase también mi trabajo “Transculturación, heterogeneidad, hibridez: algunas reflexiones”, incluido en el ya citado *Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar. Homenaje*, 79-87.
11. Señala que la “extrema preferencia por el estrecho canon posmoderno es una compulsión que puede llegar hasta el ridículo”. “Mestizaje e hibridez”, 190.
12. Véase su estudio “Ensayo sobre el sujeto y la representación en la literatura latinoamericana: algunas hipótesis”. *Hispanamérica* 66 (1993): 3-15. Apunta Cornejo: “es desdichado el esfuerzo por leer toda nuestra literatura, y siempre, bajo el paradójico canon crítico de una crítica que no cree en los cánones” (p. 6).
13. En su ya clásico *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1989.

¹ Moraña, Mabel (Editora). Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio / Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000. En las citas de este volumen, simplemente indicaré el número de página entre paréntesis.

² Véase sus trabajos “Herencias coloniales y teorías poscoloniales”, en González Stephan, Beatriz (Comp.). Cultura y tercer mundo. 1. Cambios en el saber académico. Caracas: Nueva Sociedad, 1996, 99-136, y “Posoccidentalismo: las epistemologías fronterizas y el dilema de los estudios (latinoamericanos) de área”, Revista Iberoamericana 176-177 (1996): 679-696.

³ Véase en particular su trabajo “La literatura peruana: totalidad contradictoria”, Revista de Crítica Literaria Latinoamericana 18 (1983): 37-50.

⁴ México: Grijalbo, 1967. La edición original en checo se publicó en 1963.

⁵ Una aguda reflexión crítica sobre las repercusiones teóricas del deconstructivismo en la academia norteamericana puede hallarse en el libro de John M. Ellis, *Against Deconstruction* (Princeton: Princeton University Press, 1989). Ellis concluye sus planteamientos señalando que "The most enduring fault of literary criticism as a field has been its readiness to abandon the communal sense of a shared inquiry, in which individual perceptions are expected to be tested and sifted by others. A shared inquiry means a commitment to argument and dialogue, while a criticism that insists on the value of each individual critic's perspective, in effect, refuses to make that commitment. Before deconstruction, theory of criticism worked against the laissez-faire tendencies of criticism; but now deconstruction, an intensified form of those tendencies, has attempted to seize the mantle of theory in order to pursue this antitheoretical program. The result is an apparent novelty, that, looked at more closely, consists in resistance to change and, particularly, to that change that is most urgently needed: the development of some check on and control of, the indigestible, chaotic flow of critical writing through reflection on what is and what is not in principle worthwhile, that is, through genuine, rather than illusory, theoretical reflection" (p. 159).

⁶ Cultura e imperialismo. Barcelona: Anagrama, 1996, 466-467. Más adelante agrega: “el intelectual es responsable no tanto ante un público de su comunidad o sociedad, como ante su gremio colectivo de colegas y expertos, su departamento de especialistas y su disciplina. Con el mismo espíritu y según el mismo código de la división del trabajo, los que se encargan de los «asuntos exteriores» o los «estudios eslavos o de Oriente Medio» se centran en esas materias y no se inmiscuyen en las de otros. De este modo, la habilidad que se tenga para envasar, comercializar, promover y vender su pericia –de universidad en universidad, de editor en editor, de mercado en

mercado– queda protegida, su valor se mantiene y se enfatiza la competencia individual” (494).

⁷ Reading North by South: On Latin American Literature, Culture and Politics. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995.

⁸ “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”, en Escajadillo, Tomás G. (Ed.). Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar. Homenaje. Lima: Amaru Editores, 1998, 187-192. Hay varias otras ediciones de ese breve artículo.

⁹ “la producción crítica en inglés que parece –bajo viejos modelos industriales– tomar como materia prima la literatura hispanoamericana y devolverla en artefactos críticos sofisticados”. Mestizaje e hibridez”, 190.

¹⁰ Para una visión que explora las afinidades entre los conceptos de heterogeneidad y transculturación, consúltese el trabajo de Raúl Bueno “Sobre la heterogeneidad literaria y cultural de América Latina” (incluido en Mazzotti, José Antonio y Juan Zevallos, (Coordinadores). Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar. Filadelfia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996, 21-36), o igualmente el de Abril Trigo “Shifting Paradigms: from Transculturation to Hybridity: A Theoretical Critique” (incluido en De Grandis, Rita y Zilà Bernd [Eds.]. Unforeseeable Americas: Questioning Cultural Hybridity in the Americas. Amsterdam – Atlanta: Rodopi, 2000, 85-111). Véase también mi trabajo “Transculturación, heterogeneidad, hibridez: algunas reflexiones”, incluido en el ya citado Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar. Homenaje, 79-87.

¹¹ Señala que la “extrema preferencia por el estrecho canon posmoderno es una compulsión que puede llegar hasta el ridículo”. “Mestizaje e hibridez”, 190.

¹² Véase su estudio “Ensayo sobre el sujeto y la representación en la literatura latinoamericana: algunas hipótesis”. Hispanamérica 66 (1993): 3-15. Apunta Cornejo: “es desdichado el esfuerzo por leer toda nuestra literatura, y siempre, bajo el paradójico canon crítico de una crítica que no cree en los cánones” (p. 6).

¹³ En su ya clásico Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Grijalbo, 1989.